

# Pedagogía de los valores para el año 2000

JAVIER DUPLA

A principios de enero se ha reunido en Caracas por 14a. vez el Congreso Interamericano de Educación Católica (CIEC). La sede va rotando por todos los países americanos desde el primer congreso, reunido en Bogotá en 1945. La CIEC pretende ser una voz reflexiva y autorizada sobre los problemas más candentes de la educación en general y de la educación católica en particular. Como muestra, he aquí un listado de los temas que trataron los anteriores congresos de la CIEC: la democratización de la enseñanza, la problemática actual de la juventud, el papel de la mujer en nuestra sociedad, el desafío de un mundo en cambio, una educación en y para la justicia, la educación popular, la educación informal y la no formal, la formación crítica de nuestros educadores y educandos, la influencia de los medios de comunicación social, el papel del educador laico cristiano, la educación de la fe en nuestras escuelas. El Congreso de Caracas versó sobre una pedagogía de los valores ético-sociales para nuestros pueblos en el año 2000.

En este tipo de congresos lo que

vale es el trabajo previo: las reflexiones a nivel de base, los documentos elaborados por expertos, la recolección de experiencias ricas en contenido o novedosas en metodología. Así fue también en el Congreso de Caracas. No vamos a reseñar el congreso, sino que haremos unas reflexiones críticas a propósito del tema.

## POR QUE HABLAR DE LOS VALORES

Se puede discutir la conveniencia de hablar sobre los valores en una sociedad que se traga todas las palabras y las desvaloriza. Los políticos que deforman la expresión de la realidad para acomodarla a sus intereses y la propaganda consumista han contribuido fuertemente a desvalorizar la palabra. Sin embargo, sigue siendo necesario hablar de los valores. Porque los valores son la última motivación de nuestra acción. Actuamos por lo que, equivocadamente o no, sentimos que son valores. La educación, por tanto, debe hablar de los valores, enseñar a descubrir y apreciar los verdaderos valores y a rechazar los valores

aparentes o antivalores.

Por otro lado, todo el mundo está de acuerdo en que existe una profunda crisis de los valores tradicionales a todos los niveles: individual, familiar y social. Se ha derrumbado el universo de valores en el que crecimos y no parece surgir uno nuevo.

Si nos ponemos a reflexionar sobre la razón última de esta crisis de valores tendríamos que remontarlos con Puebla al modelo de desarrollo implantado en nuestro continente por un centralismo autoritario al servicio del capitalismo. La Conferencia de Obispos Latinoamericanos reunida en Puebla hace cuatro años acusa a este sistema de aumentar la marginalización de nuestra sociedad y la explotación de los pobres, de impedir la solidaridad, de incrementar un consumismo que cierra a los seres humanos a los valores evangélicos, de deteriorar los valores básicos de la familia, de afectar la honradez pública y privada, con otras muchas secuelas (Puebla 55-58).

Ante esta realidad los educadores católicos tienen que pronunciarse con fuerza. No pueden contentarse con lamentaciones estériles, sino que deben ir a la raíz: mientras no se erradique este sistema antihumano, los valores seguirán derrumbándose hasta llegar a la destrucción total de esta civilización. Que esto no es mera retórica lo prueba la irracional política de las superpotencias sobre armamento nuclear y la destrucción irreversible de grandes recursos naturales en aras de la producción.

La primera condición, por tanto, para superar esta crisis es reconocer que el sistema generador de valores en la sociedad capitalista es antihumano por esencia. No sé si todos los educadores católicos lo reconocemos así. Creo que muchos no están claros sobre este punto. Mantienen posturas ingenuas, creyendo en una posibilidad de mejora, perfeccionando el sistema, que en sí no es malo, con una inyección de valores cristianos. No ven o no quieren reconocer que la esencia misma del capitalismo lleva a enfrentar al hombre contra el hombre, a considerarlo competidor,



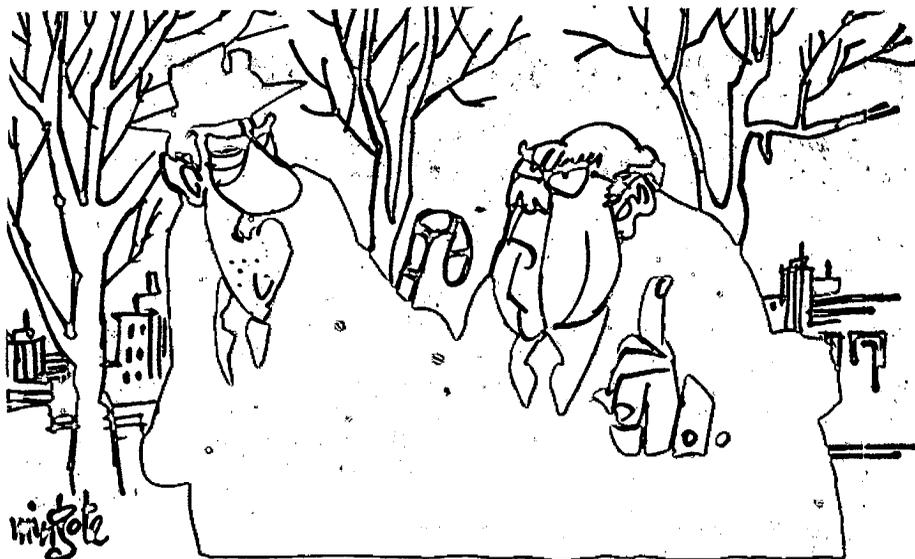
enemigo. Un educador católico que cierra los ojos ante realidades como la de los desaparecidos políticos, la tortura policial, la corrupción administrativa y aprende a convivir con ellas, no es católico ni es educador.

## EDUCAR EN LOS VALORES CRISTIANOS

Esta es la tremenda tarea que tenemos por delante, tarea difícil y compleja, porque va contra los antivalores convertidos en valores y porque tiene que estar apoyada en un modo de vida, no en meras palabras.

Educar en los valores cristianos es lograr la transformación interior, la conversión a esos valores. Esta es una conversión del individuo, pero apoyado en una estructura. Los valores se aprecian como dignos y apetecibles, si el entorno social los vive así. Si la familia vive unidad, el niño percibe la unión familiar como un valor. Si en la escuela hay ambiente de diálogo, de respeto, de participación, de autoridad al servicio, el escolar aprende esos valores como dignos de vivirse. Toda la institución escolar debe transpirar esos valores. Si hay contradicciones entre lo que se inculca y lo que se vive, el mensaje pierde fuerza, se convierte en retórica vacía.

Ante esto podemos preguntarnos si nuestras instituciones escolares estimulan el estudio "como un medio de abrirse paso en la vida", antivalor individualista y egoísta; exigen excelentes materiales escolares, "para que el trabajo salga bien presentado", cuando con materiales menos caros se puede hacer un trabajo de igual calidad y más creativo; exigen respeto a las órdenes impar-



—Y al hacer esos planes de enseñanza, ¿se tiene en cuenta el peligro que supone el que los chicos aprendan más que nosotros y nos pierdan el respeto?

tidas, aun cuando sean cuestionables.

Educar en los valores cristianos es una tarea ingente e ingrata. Inculcar austeridad contra el despilfarro, desprendimiento frente a acaparamiento, honradez frente a la viveza, suena a quijotismo, es vivir al margen de la corriente social, es ir contra ella y, eventualmente, enfrentarse a ella. Como consecuencia; hay que preguntarse si la educación católica está dispuesta a pagar el precio de la impopularidad. En Venezuela, le ha costado décadas obtener el reconocimiento social; ahora se le pide que por servicio al Evangelio cuestione el papel que tal vez inconscientemente juega apuntalando un sistema social antievangélico.

Por último, quiero referirme a dos valores que debe suscitar con carácter de urgencia la educación católica venezolana: el sentido del trabajo honrado y productivo y el sentido de solidaridad con el débil. Los gobiernos han hecho un enorme esfuerzo educativo en los 25 años de democracia, pero han contaminado la educación con los mismos vicios que han corrompido su gestión: facilismo e ineficacia. Educarse hoy día significa salir de abajo, ganar plata, subir a puestos de poder. No significa realizarse como persona, cumplir una función social, contribuir al bienestar de los demás. La educación católica tiene una tarea ejemplarizante que realizar en este sentido; debe enseñar a realizar un trabajo bien hecho, por el gusto de hacerlo y por el servicio que produce; debe orientar a sus alumnos en la elección de carreras que tengan un fuerte compo-

nente de utilidad social y que se ejerciten con un alto sentido de honradez y eficacia; debe inculcar la lucha contra la corrupción a todos los niveles.

Por otra parte, la educación católica tiene que lograr en sus alumnos el aborrecimiento del espíritu individualista, funesta herencia del liberalismo. La supervivencia de la humanidad está ligada al sentido de grupo. Los colegios católicos, que en buena parte tienen ahora clientela popular, tienen que suscitar en sus alumnos el sentido de la responsabilidad con el débil, el deseo de conformar grupos y organizaciones populares, que luchen no con un sentido egoísta —para conseguir los beneficios de los de arriba— sino con un sentido de solidaridad social global: nos salvamos todos o nos hundimos todos.

¿Cómo conseguir estos valores? La dificultad es fuerte, porque en la educación los métodos coactivos son contraproducentes. Los métodos persuasivos se muestran débiles frente al tremendo poder demoleedor de la sociedad de consumo. Sin embargo, es la única metodología posible. La persuasión, sobre todo por vía de ejemplo, es la gota que se abre camino en la roca. Que toda la institución esté al servicio de estos valores: ideario, relación profesor-alumno, práctica educativa, sistema de estímulos, sistema de evaluación. En este sentido las instituciones educativas católicas tienen un amplio campo de autoevaluación y de cambio. Es la mejor contribución que podrían dar a la memoria del Libertador en este año del Bicentenario.

